

dades delicadas é ingeniosas que hacían de ella una última heredera de Madama de Lambert, tenía cualidades enérgicas; la polémica no la asustaba y los golpes dados con finura burlona eran más fuertes y rudos, que los que el poeta atribuía á Herminia. ¡ Cuántas veces se ha complacido en rebatir con alegría y malicia, la pedantería de Geoffray y su consorte, incluso acerca del latín que ella conocía un poco (1)! Pero la más memorable polémica y que merece ser recordada, fué la que sostuvo con M. de Bonald. El autor de *La Legislación primitiva* había demostrado extensamente en el *Mercurio*, según el método de los talentos violentos y paradójicos fundidos en tesis absolutas, que era preciso ser ateo si no se era cristiano y católico. La señorita de Meulán, bajo el pseudónimo de *Disputeur* censuró al razonador testarudo con una broma análoga y sensata: « Es preciso discutir, sí, señor; sin esto la vida sería demasiado larga y la vida tiene sus encantos precisamente en ser corta... Para mí es un tesoro su razonamiento contra el discurso... ¡ Cómo, señor mío! ¿ La verdad se encuentra necesariamente en uno ó en otro extremo? ¡ Y esto por que una afirmación no puede ser más ó menos verdadera! etc. » Un defensor oficioso de M. Bonald intervino en la polémica, y en cartas dirigidas á *El Publicista* intentó poner un paliativo á la paradoja de su amigo, y vituperar el

mente un idilio titulado *Glycère* y firmado *Beranger*, en el que encontraba naturalidad y un asunto encantador. Y es sorprendente que el primer elogio otorgado á *Beranger* sea por esta causa. (Se puede ver este idilio en la página 96 del volumen de mis *Retratos contemporáneos*, 1869).

(1) La señorita de Meulán como muchos escritores franceses distinguidos, no admiraban á la antigüedad más que por la forma del espíritu latino. Se acercaba un poco á Séneca, es decir, que adoptaba la antigüedad por los más modernos. Con frecuencia reflexionaba sobre la diferencia que existe entre ellos y nosotros. En un artículo de *Los Archivos literarios* (tomo III, pág. 395, dice: « Los antiguos declaman rápido como el rayo y si yo no me equivoco, rápido como el pensamiento, debe ser de origen moderno. En esto se equivocaba, como Boissonade (edic. de Aristænete, pág. 318) y Dugas-Monthel (*Observaciones á la Iliada*, libro XV) lo han demostrado.

tono bromista usado por el *Disputeur*. Entonces éste contestó en una última y vigorosa carta que llega á tener acentos elocuentes. Después de citar esta frase antigua de que toda idea que no resiste una broma es por lo menos sospechosa; después de haber recordado á Pascal en *Grâce*, á Boileau en *Amor de Dios* y á La Harpe riendo él mismo de *Les Theophilanthropes*, la señorita de Meulán lanza á sus adversarios el argumento de que creían ver en esta disputa un peligro para las ideas religiosas: « Vosotros tratáis en los periódicos de cosas que no queréis que sean tratadas á la manera de los periódicos. ¡ Habláis de religión! ¿ Quién no puede hablar como vosotros? Un hombre podrá ser el oprobio de la literatura y ser el sostén de la religión; los amigos de la religión le aplaudirán! Y, además, parecerá que siendo muy afortunada, pues encuentra defensores, la abandonan en las manos de quienes se dignan servirla. No, señores; deberíais eludir estas discusiones que no son propias de la multitud, y guardarlas para asilos más inviolables y para vías más incorruptibles », etc., etc., hasta el final de la carta. El combate en la vida de esta alma, revivía ante la pasión por la verdad y al calor de la razón.

No será difícil suponer que entonces se hablaba mucho de los artículos de la señorita de Meulán y en diversos sentidos. Un talento tan alto, una franqueza de pluma que encuentra campo fácil en todas las materias, no despertaron siempre benevolencia muy sincera. No se podía negar á la escritora la estimación, y entonces se criticaban las condiciones particulares de la persona. Esos amigos que se tienen en la *desgracia*, esos amigos de Job en todo tiempo los mismos, la compadecían por la necesidad en que se encontraba, siendo mujer y de tal nacimiento, de escribir folletones, y sobre todo folletones de teatro. Molestada por esta compasión falsa contestó admirablemente el 18 de Diciembre de 1807 en una carta de una mujer periodista á un amigo: « Censuran pues mis folletones, amigo mío, y en verdad que eso es hacerle mucho honor; pero la cri

tica llega hasta á mi porque me he decidido á escribir en un periódico, y sobre todo porque doy cuenta de las novedades teatrales. Este reproche que se me hace, es porque soy mujer, y no porque soy periodista, y censores que me conocen saben muy bien por qué lo soy. Pero, no temen tener que reprocharse ellos á su vez, si por una opinión emitida con ligereza, me amenguasen el ánimo del que tengo necesidad para sacrificar á lo que yo creo un deber, convencionalismos que mi educación y mis costumbres me habían enseñado á respetar? Usted sabe, amigo mío, que no desconozco esos convencionalismos que hacen del periodista el papel más extravagante que puede escoger una mujer, dado caso que á esta le sea posible escoger... ¡ Oh, le aseguro, que no le ha parecido á sus amigos tan ridículo como á mí, pues no lo han visto tan de cerca como yo ! Si conociesen como yo los graves intereses que hay que acomodar, las importantes consideraciones de que es preciso preocuparse, los risibles agravios á los que hay que contestar y los homenajes no menos risibles que hay que aceptar, y todas esas baraúndas de pequeñas pasiones, de cuyo ruido no se puede librar una mujer ni en su soledad, si ellos viesan en medio de todo esto un trabajo sin atractivo para el espíritu y sin indemnización para el amor propio, entonces les permitiría decir lo que piensan, y pensar, si les conviene, que he emprendido esto por placer. Que no se crean obligados á compadecerme sin embargo, pues sería tan fuera de lugar como el criticarme.

* Lo que hice, Abner, he creído deber hacerlo;

lo creo todavía, y no veo la razón para afligirme con inconvenientes que yo he previsto antes sin asustarme. Usted sabe con qué gozo estoy sometida, y con qué esperanza, y usted mismo acaso haya creído que he tomado con orgullo esta resolución cuyo único mérito son los inconvenientes: Y puesto que nada ha cambiado, ¿ por qué habrían de cambiar mis sentimientos? etc. » He aquí la mujer santamente penetrada de

las ideas del deber y del trabajo, tal como la sociedad nueva la reclama, tal como Madama Guizot será toda su vida desde su salida de los salones ociosos y educados del siglo XVIII; y el ejemplo de la mujer enérgica, sensata en las filas primeras de la clase media.

Durante el curso de esta colaboración en *El Publicista* tuvo lugar un incidente muy conocido, casi novelesco dada las personas de orden y de inteligencia que en él intervinieron, y que tuvo consecuencias decisivas en la suerte de la señorita de Meulán. En el mes de Marzo de 1807, bajo el peso de nuevos dolores familiares, y de una alteración de su salud, se vió obligada á suspender un momento su trabajo. Un día recibió una carta en la que le ofrecían artículos que tratarían hacer dignos de ella, durante todo el tiempo que durase la interrupción. El autor de la carta no firmada, y de los artículos que al fin aunque con dificultad aceptó, era M. Guizot. Muy joven, obscurecido aún, había oído hablar á M. Suard de la señorita de Meulán, de su situación, y se decidió á escribirla. En efecto, se encuentran en *El Publicista* de estos meses un cierto número de artículos de literatura y de teatro, firmados F. Esta singular circunstancia fué la causa de la unión de estos dos ingenios, mucho más que la desigualdad de las edades y la diferencia de opiniones pudieran haberla hecho. M. Guizot llegaba al mundo con convicciones filosóficas y religiosas muy acentuadas y que casi eran de rigor absoluto en la juventud. Hostil al siglo XVIII y á su escepticismo más que á la Revolución, cuyos resultados aceptaba con ciertas interpretaciones y modificaciones, encontró á la señorita de Meulán en disposición muy antagónica. Esta como hemos visto estaba un poco convencida de que « sólo el tiempo guiaba á los hombres á la verdad y á la razón, pero que la verdad y la razón, por desgracia, no estaba hecha más que para las gentes razonables. » El mozuelo, que salía de Nimes y de Ginebra, había conservado del calvinismo una creencia en el cristianismo unitario y una especie de entusiasmo racionalista y se creía en el

deber y en la precisión de ir hasta el fin y de alentar á los demás á la misma convicción. En una palabra al encontrarse la señorita de Meulán y él, llegaban cada cual de orígenes intelectuales distintos y casi contrarias. Bien es verdad que durante estos años de largo y serio estudio, la señorita de Meulán había aprendido á amar la verdad, á creerla útil, á defenderla, á apasionarse al menos indirectamente por ella buscando querella á todo error, y también á regular cada acto de su vida entera al imperio, ya casi religioso, de la verdad y de la razón. Sin embargo no fué pequeño el del talento de Guizot al conquistar, inflamar por grados en sus convicciones, renovar asociándosele, este otro talento ya hecho, al que el escenario de M. Suard le bastaba, y que parecía haber llegado á su madurez natural en su singularidad sorprendente.

De todas maneras, se puede suponer lo que él dió por lo que consiguió. No se conquista, no se ocupa íntimamente un cerebro de la fuerza del de la señorita de Meulán, sino modificando el propio y amoldándolo en muchas cosas. En ciertas acciones recíprocas cada cual se cree el triunfador. En este caso el talento victorioso tuvo que abdicar de una parte esencial de sus ideas absolutas y del conocimiento precoz que tenía del mundo y del manejo de la sociedad y de los hombres.

El matrimonio no tuvo lugar hasta Abril de 1812. A partir de esta fecha comienza la época en que es más conocida Madama Guizot. El calor de los afectos fortifica el ardor de las convicciones, y este doble fuego menos brillante, pero más comfortable, subsiste durante los años de su verdadera felicidad. Ya no será más un moralista del siglo XVIII, será un escritor de la moderna era laboriosa, una madre cuidadosa y educadora que conociendo las pruebas prepara á los hombres á ellas; un filósofo lleno de virtudes que se esfuerza en acordar el derecho y el deber, la fe y el examen, el orden y la libertad. Su forma será menos inquieta que antes, menos incisiva y menos paradójica, menos despreocupada y con una suave ironía. El constante y perfecto

sentido de la verdad dominará y dirigirá su talento. Debutó en este camino, después de su matrimonio, con artículos, cuentos y diálogos, que fueron insertos en los *Anales de la educación*, revista fundada por M. Guizot y que los hechos de 1814 interrumpió. Hacia la misma fecha publicó *Los niños*, un libro de cuentos que fué el primer volumen que firmó con su nombre como guiada por un sentimiento de responsabilidad moral. En 1821 continuó estos trabajos suspendidos durante el periodo de actividad política de su marido, y escribió sucesivamente *Raúl y Víctor ó el Colegial* (1821), *Nuevos cuentos* (1823), *Cartas de familia sobre la educación*, y su mejor obra, *Una familia*, no apareció hasta 1828 después de su muerte. La que había debutado como *persona de cierta edad*, á medida que envejecía entre esa pequeña sociedad de diez á catorce años, sembraba una moral santa, la moral evangélica, eterna. « Su idea favorita, su idea más cara, está en el prefacio de *Una familia*, cuando dice que la misma educación moral debe aplicarse en todas las clases sociales, que bajo el imperio de las más diversas circunstancias exteriores, con mucha ó poca fortuna, ante el destino pequeño, ó grande, monótono ó agitado, el hombre puede llegar, el niño puede ser guiado á un desarrollo interior casi igual, á la misma rectitud, á la misma delicadeza, á la misma altura de sentimientos y de ideas; que el alma humana posee algo que se basta en las distintas fases de la condición humana, que no se trata sino de revelarle el secreto de su fuerza y la manera de emplearla. » ¿Cómo siendo Madama Guizot un poco irónica, cómo siendo un poco desdenosa, se encontró inducida á esta idea de la verdadera democracia humana? ¿Cómo nació en ella la inspiración única que alienta en todas sus obras? Es que había sido madre. Su sentimiento filial había sido muy ardiente, muy piadoso, pero su amor maternal fué mucho más como toda persona que se casa tarde, apeándose á un hijo que no esperaba, y en el que, según la afortunada expresión de un padre, dejó bien mar-

cado su sello. Sus obras sobre educación fueron para ella un acto de amor y de deber maternal, y en el prefacio de las *Cartas de Familia*, no se puede contener y le llama *este querido interés*. Antes de ser madre escribía para sostener á la autora de sus días, no podía dudar de la acción de la verdad en el mundo, veía el mal, el ridículo y la estupidez y apenas esperaba, pero una vez madre, concibió el deber de creer en un mejor porvenir, en el hombre apto para ser perfecto, en las virtudes de las generaciones contemporáneas de su hijo. Confiaba muy poco en el hombre y no veía otro medio de mejorarle que mejorando el niño, y creyendo esto, puso mano á la obra sin tardanza. Los que no son padre ni madre y no tienen la fe pura y sencilla del catecismo, si conocen un poco el mundo y la vida, cuando llegan á los treinta años se encuentran un poco confundidos ante la infancia. ¿Qué decir á este ser encantador pero que ya tiene el germen de los defectos? ¿Cómo iniciarle por grados en la vida? ¿Cómo alumbrarle, sin causarle turbación y cómo dejarle que viva dichoso sin engañarle? Si tenemos sensibilidad, diremos lo que Gray al recordar el colegio de Eton y los juegos de las generaciones alocadas después de haberlos descritos con complacencia :

¡Ay! Delante de la manada,
Como corderillos tiernos,
Alegres, lanzan risotadas
Ignorando el fin del juego.
Corriendo en loca carrera
No conocen el destino.
¡Ay! Decidle su suerte triste!
¡Hombre, dile lo que has sido!

Pero en cuanto no se es como Gray, un célibe melancólico y sentimental, en cuanto se es padre ó madre sobre todo, no se limita uno á esos vagos temores ni á ese quietismo desolado, y nos hacemos más vigilantes y más accesibles á la esperanza. Se ve que muchas nubes de espanto que la imaginación amontona, se desvanecen al emprender la marcha por cada sendero.

Madama Guizot que en todos sentidos, era opuesta á lo vago y al ensueño y la enemiga de todo fantasma, tuvo una preocupación desde que fué madre, y fué resuelta contra la dificultad. Había creído al hombre incorregible, y á la razón, un afortunado azar y casi un don, y así escribió burlonamente sobre la *inutilidad de las buenas razones*. Quiso entonces rechazar su primitiva prevención abordando la obra en su raíz por el sólo lado corregible de la humanidad, por la infancia, y todo el resto de su vida y de su inteligencia fué dedicado al desarrollo y á la aplicación de ese pensamiento saludable.

La señorita de Meulán había tenido ocasiones frecuentes de escribir algunas páginas sobre educación y exponer sus ideas acerca de este asunto. De 1802 encontramos un artículo de ella, con motivo de la reimpresión de un tratado de Fenelón y allí decía : « Los preceptos para la educación me han parecido siempre la cosa más insegura del mundo. La aplicación de los principios varía con tanta frecuencia, las reglas están sujetas á tantas excepciones, que un tratado de este género no podría ser nunca suficiente, ni contener ideas bastante generales para ser aplicadas en todos los casos particulares. » Bajo la forma de *Cartas de una suegra á su gerno* (año 13), había hablado de la mayor ó menor conveniencia de la educación pública por las mujeres, declarándose en contra con un perfecto sentido y con su mayor ironía de entonces. En la primera de las *Cartas de familia*, el tono es otro, cuando la señorita de Attilly abre su corazón *que se enternece mirando á sus hijos*. La mordacidad aparece aún, asoma sus ribetes, como cuando habla del tío de Revey, pero en el fondo hay gravedad que, no obstante, no impide la creación de ciertos trazos finos y delicados. Para bien juzgar un tal libro, de tanta utilidad y de tanta aplicación, es preciso tener autoridad, experiencia y haberse formado sus propias ideas. « El momento de las reformas políticas en esta materia es el de los planes de educación, » dice á una mujer de talento y generosa,

á Madama de Remusat. Desde *Emilio*, en efecto, los planes de educación no han faltado, se han duplicado en estos últimos tiempos, ó, por lo menos, las quejas contra la educación y contra la situación de la mujer se han recrudecido. De én medio de tantas vanas declamaciones, en las que figuran algunos deseos reales, el libro de Madama Guizot, que comprende la educación del hombre y de la mujer, es como una especie de transacción entre las antiguas ideas y el nuevo progreso. Lo que yo llamo transacción no era para ella sino el acomodamiento del género humano sobre bases firmes. Las cartas XII y XIII, de una gran belleza filosófica, demuestran los principios de conciencia y de razón en que funda su deber y explica cómo todo su cuidado tiene por objeto el hacer aparecer y dibujar por grados la regla á la razón del niño, para que dirija libremente y desde muy temprano su joven voluntad. Hacer reinar muy pronto en derredor de estos jóvenes cerebros una atmósfera de moralidad que se dirijan guiados por el placer que dimana del bien, hacer gente buena lo más pronto posible, este es su objeto, y á esto tiende su esfuerzo, y á menos que no se tengan prejuicios, se le concede el mérito de haber indicado los verdaderos medios. Es bien cierto que cuando el niño *es bien nacido*, cuando no se recela en él ninguna pasión demasiado obstinada, estos medios dan excelentes resultados. Por otra parte Madama Guizot, en un caso de insuficiencia, advierte: « Cada día lo veo más claro — dice la Señorita de Atilly: — de todas las edades de la vida la juventud es en la que los niños se revelan menos; una influencia independiente del carácter la domina imperiosamente, contra la que se le pueden dar fuerzas, pero sin saber si sabrá darlas empleo. » Madama Guizot cita una aserción de Mistress Hannah More sobre la naturaleza corrompida de los niños y la combate. En este punto, obsérvalo Madama Guizot, pertenece al siglo, á la filosofía, y á la experiencia que va hasta el final en el examen y no se rinde nunca, y no hace intervenir en la educación

ningún elemento misterioso ni irracional. Por esto se distingue esencialmente de Madama Nécker de Soussure, este otro autor excelente con el que tiene muchos puntos de contacto, como Madama Nécker se complace en hacerlo observar en su segundo volumen. Ella es una especie de término medio entre Juan Jacobo y Madama Nécker á la vez, práctica que no es Juan Jacobo, y racionalista en cuya acción no cree Madama Nécker de Soussure. En el tomo segundo, las cartas XLIX, L y siguientes tratan con un admirable tacto toda esa cuestión tan delicada, tan embarazosa, de la educación religiosa necesaria á los niños. Si la manera de ver de Madama Guizot no puede satisfacer á los que tienen una idea muy arraigada de fe pura y según la tradición rigurosa, tiene la ventaja de responder, de adoptarse á las demás opiniones que ordinariamente forman á la sociedad actual, y ofrecer un resultado práctico para Madama Mollard como á la señorita de Lassay. En un momento de esta discusión el nombre de Turgot es invocado, y entonces se ve cómo las predilecciones del autor se apoyan en el siglo XVIII, pero aumentadas y corregidas. El libro de Madama Guizot, será, después de *Emilio*, el que marque en este sentido el progreso de la sana razón moderada y rectificadora de nuestros tiempos sobre el genio del azur, como en política la *Democracia* de Tocqueville es un progreso sobre el *Contrato social*. Digno de meditaciones, como consejo, en toda educación que tiende á hacer hombres buenos, este libro encierra aún, en materia de exposición, las más bellas páginas morales, las más sinceras y las más convencidas, que las doctrinas del racionalismo espiritualista hayan inspirado á la filosofía de nuestra época.

¿ Hasta qué punto Madama Guizot, independientemente de sus trabajos personales, tomaba parte en los de su marido y en tan numerosas publicaciones accesorias como acompañaron á su obra histórica fundamental, y en las que, á partir de la traducción de Gibbon pudo serle en efecto su mejor auxiliar? Bás-

tenos saber que adoptó todos sus intereses, y sus estudios como sus convicciones y no intentemos separar lo que ella se complacía en agrupar. Su dicha fué grande, su sensibilidad que aumentaba con los años, delicado privilegio de las costumbres austeras, le hacía querer cada vez más, y casi diré que sentir. Era sensibilidad de la que en su juventud había dicho tan deliberadamente : « La sensibilidad ahorra más males que proporciona, pues de un golpe destruye las penas, el egoísmo, la vanidad, el fastidio, la ociosidad, etc. », esa sensibilidad á quien ella debió tan puras delicias, fué siempre una fuente inagotable. Pero, con el tiempo, ella de razón tan firme y segura ¿ no fué un alma dolorosa? La salud alterada y en medio de tan virtuoso acuerdo el desacuerdo de las distintas edades, sus secretos votos, por la felicidad de su hijo y de su esposo con otra que no era ella, en todo ello hubo bastante para que se apasionase más de lo que ella había supuesto en su juventud. Apenas viajó, aparte de unos paseos por Languedoc y por el Mediodía á donde fué con M. Guizot en 1814, había visto y habitado poco el campo, pero, en los últimos tiempos de su vida, estaba enamorada de los árboles, y así el más pequeño arbusto de Passy ó del Bosque de Bolonia la producían una emoción vivificante.

Sin embargo, nunca ha descrito á la Naturaleza. Siempre pensó menos en describir y pintar lo que sentía que lo que pensaba. Ante todo amaba el arte viendo más bien el fondo que la forma, prefiriendo el pensamiento moderno á la belleza antigua. Su idea ingeniosa y acaso muy verdadera, era que la sensibilidad no acepta las obras de arte sino apártandose un poco de la vida. Leo en un trozo del 17 de Julio de 1810: « Nuestra llama se enciende con el fuego del sentimiento, ha dicho el poeta de *La Metromanie*, y yo creo que la sensibilidad puede considerarse como el alimento de la poesía; pero cuando no está empleada en otra cosa y que toda está al servicio del poeta, sirve para despertar su imaginación y no para abstraerla. Sin duda

es preciso que un poeta sea sensible, pero no sé si será conveniente que se conmueva. » Y continúa rechazando ó interpretando el verso de Boileau sobre la elegía. Esta idea, que tenía de una especie de ilusión ó casi de mentira inherente al arte, no la impidió, al final, quedar absorta ante ciertas representaciones ó lecturas... Como persona amiga de realidad, de prácticas y de pruebas no se dejaba arrastrar de buen grado ni por el dolor ni tampoco mecer en la región ideal. M. de Remusat ha citado de ella esta patética confesión (1821) : « El efecto de las obras de arte debe estar desligado de toda idea de realidad, pues en cuanto ésta existe la impresión se turba y llega á ser insoportable. He aquí por qué no puedo soportar en las novelas ó en los poemas y bajo los nombres de Tancredo, Otelo ó Delfina, el espectáculo de los grandes dolores del alma ó del destino. Por fortuna ó por desgracia mi vida ha sido tan *viva* que no puedo ahondar en ella sin que la mano no me tiemble. La realidad, para mí, perfora todos los velos en que pueda envolverse el arte. Desde hace mucho tiempo sólo la música ha producido en mí, en *Agnese*, el efecto inherente en general á las obras de arte. No he podido soportar el final de *Romeo y Julieta* y el de *Agnese* me ha hecho llorar sin destrozarme el corazón. »

¿ Fué por efecto de una selección simpática y por cierta predilección, por lo que en los últimos años de de su vida se ocupó de *Eloisa y Abelardo* donde la pasión atraviesa la austeridad y donde la sabia abadesa tiene suspiros de Safo y se expresa con frases de Séneca? Este intento tan bien comenzado fué interrumpido por la muerte.

Si la sensibilidad de Madama Guizot se hizo más sutil y más dolorida por decirlo así, su religión no tuvo nunca esas inquietudes muy frecuentes en las almas dotadas de ternura. Nacida católica, y tocada desde muy temprano por la indiferencia que se respiraba en la atmósfera del siglo, vuelta, después de algunas dudas que no fueron nunca hostiles ni sistemáticas, á

un deísmo cristiano muy ferviente, á la verdadera piedad, encontró el reposo. Tenía confianza. La oración era una conversación con el Ser Todopoderoso y bueno que la fortificaba y la consolaba. Un día después de su regreso de Plombières, en donde en vano había buscado un alivio, en su derredor hablaron de la cuestión de saber si la individualidad persiste después de la muerte ó si el alma se absorbe en el gran Ser, Madama Guizot salió de su abatimiento extremo, y con una voz que se hacia más firme por grados, resumiendo las diversas opiniones, declaró la persistencia del alma individual en el seno de Dios (1). El primero de Agosto de 1827 á las diez de la mañana al final de su lenta enfermedad, rogó á su marido que le leyese algo. Él leyó primero una carta de Fenelón á una persona enferma, y cuando la hubo terminado pasó á un sermón de Bossuet sobre la inmortalidad del alma. Mientras que M. Guizot leía, ella expiró. Se la enterró según su deseo y según el rito de la iglesia reformada á que pertenecía su marido, cuyas ceremonias fúnebres no contrarían en nada estas sencillas creencias que ella tenía. Amante de la verdad hasta el fin, no quiso mezclar ni aun á los actos que siguen á la muerte nada ficticio ni convencional.

Encontraba gran placer en la conversación y no para brillar en ella, sino como ejercicio intelectual. Al principio podía parecer un poco brusca, su razón *inquisitiva*, como ella le llama, buscaba la base de todas las cosas; pero casi sin darse cuenta ejercía gran influencia en su derredor. ¿Qué más decir cuando no se ha tenido el honor de conocerla personalmente, de esta mujer inteligente de sagacidad, de gran mérito y virtud y que entre las mujeres de su tiempo no fué superior á ella más que Madama de Staël, superior, no por el pensamiento, sino por algunos dones? Lo que nos inspira sólo en términos de estimación y de respeto

(1) Ver el artículo de *Le Globe* (7 Agosto 1827) de M. de Guizard.

puede encontrar expresión, y es casi agraviar á ella casi siempre tan preocupada por ser y tan poco por aparecer el pronunciar sobre su memoria palabras de porvenir y de gloria.

15 de Mayo de 1836.